

“SEGÚN LO QUE A NUESTRA CELSITUD PERTENECE”: LA PRESENCIA DE PEDRO EL CEREMONIOSO (1336-1387) A TRAVÉS DE LOS TEXTOS E IMÁGENES DE LA EDAD MEDIA

*“Según lo que a nuestra celsitud pertenece”:
Peter the Ceremonious’s appearance (1336-1387)
through medieval texts and images*

Marta Serrano Coll
Universitat Rovira i Virgili-TEPLA

Resumen: Este estudio ofrece un análisis de los aspectos más relevantes que conciernen a la presencia física de Pedro el Ceremonioso, que, de compleja personalidad, fue muy consciente de la preeminencia de su rango y dignidad. Para llevar a cabo el estudio, se ha recurrido a las fuentes textuales (fundamentalmente su crónica y las *Ordinacions* de su casa y corte), pero también a las representaciones iconográficas de su persona que, como se verá, son también elocuentes de la suerte de teología política que orquestó bajo su reinado.

Palabras clave: Pedro el Ceremonioso, Corona de Aragón, Iconografía medieval, ceremonial, *Ordinacions*.

Abstract: This study offers an analysis of the most relevant aspects concerning the physical presence of Peter the Ceremonious, who, with his complex personality, was very conscious of the pre-eminence of his rank and dignity. To carry out this study, textual sources (mainly his chronicle and the *Ordinacions* of his house and court) has been resorted. But also, the iconographic representations of his person which, as will be

seen, are very eloquent of the kind of political theology the king orchestrated under his reign.

Keywords: Peter the Ceremonious, Crown of Aragon, Medieval Iconography, Ceremonial, *Ordinacions*.

DOI: <https://doi.org/10.36707/zurita.v0i102.661>

Recibido: 29-12-23.

Revisado: 26-01-24.

Aceptado: 13-03-24.

1. Introducción

El Ceremonioso (1336-1387) fue un rey enérgico y de fuerte carácter, que incrementó el poder de la institución monárquica, intervino en conflictos exteriores de relevancia y ensanchó sus dominios en el Mediterráneo procurando la incorporación de Sicilia y arrebatando, a costa del poder de Jaime III de Mallorca, el Rosellón y el reino insular. Nació el 5 de septiembre de 1319 en Balaguer, un alcázar fortificado que conservaba parte de su fábrica islámica del siglo XI. Nada presagiaba que alcanzaría la corona: había nacido segundogénito y el reino correspondía a su tío Jaime, primer vástago de Jaime II (1291-1327). Su renuncia al trono implicó que Alfonso, conde de Urgell y padre de Pedro, asumiese la herencia. En señal de la nueva primogenitura, el rey Jaime “ordenó a sus hijos que allí estaban que besaran la mano al infante Alfonso, nuestro padre, y así fue hecho”, diría el rey Pedro en su crónica poniendo de manifiesto su interés por la gestualidad. Y añadía: “se le colocaron armas reales, que venían de Barcelona”¹. La muerte de su hermano mayor, poco después, supuso de forma sobrevenida que se convirtiese en el legítimo sucesor.

El cronista Zurita sintetizaba su particular y compleja personalidad: “Cuanto fue este príncipe de más débil y delicada compostura de cuerpo, tanto fue en el ánimo más ardiente y de una increíble prontitud y viveza y de grande vigor y ejecución en todo lo que emprendía, y de ánimo y valor para cualquier empresa y extrañamente ambicioso y altivo y muy ceremonioso en conservar la autoridad y preeminencia real”.² Se le apodó, con justicia, *el Ceremonioso* a tenor de su interés por procurar la debida magnificencia a la institución que representaba y a su entorno palatino, que organizó con

¹ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, ed. Ferran Soldevila (Barcelona: Selecta, 1983), cap. 1, pár. 6.

² Jerónimo Zurita, *Anales de Aragón*, ed. Ángel Canellas (Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1978), lib. X, cap. XXXIX.

cuidado y esmero como atestiguan, por ejemplo, las fastuosas versiones conservadas del *Ceremonial de Coronación* y las exquisitas *Ordinacions* de su casa y corte. Las continuas referencias sobre lo que “pertenece a real majestad” o “según lo que a nuestra celsitud pertenece”³, revelan su inquietud por presentarse ante sus súbditos con el decoro y grandeza requeridos. Esta preocupación se hizo extensiva a sus textos, que debían tener “bella retórica y buen latín”, para lo cual requería que su estilo fuera corregido convenientemente⁴. Pero también a su oratoria, tanto parlamentaria como la que utilizó en el relato que escribió sobre su reinado⁵, texto constituido, conforme a sus propios términos, por palabras que “dicta el interior de nuestro corazón”⁶.

2. Breves notas sobre el semblante del rey a tenor de los textos

Nació sietemesino, y era tan débil de salud y enclenque físicamente que, como diría en la *Crònica del rei Pere* escrita de su puño y letra: “no se pensaban las comadronas, ni aquellos que asistieron a nuestro nacimiento, que pudiésemos vivir”⁷; de hecho, fue bautizado en la misma cámara donde fue alumbrado. Fue un niño difícil, impertinente y arisco, ocasionando la procesión en la corte de hasta siete institutrices en sólo un año. La muerte de su madre Teresa de Entenza, cuando él tenía ocho años, y las segundas nupcias de su padre con Leonor de Castilla en 1329 le complicaron la infancia: la nueva reina sólo se preocupó de dotar a sus hijos de importantes posesiones semiautónomas, lo que generó profundos conflictos y unas hostilidades entre la reina, sus hermanastros (sobre todo con el mayor, Fernando) y el joven Pedro que desembocaron en su sospecha, acaso infundada, de que su madrastra

³ Como glosan tantas veces sus *Ordinacions*, por ejemplo.

⁴ *Ordinacions de la Casa i Cort de Pere el Cerimoniós*, ed. Francisco M. Gimeno, Daniel Gonzalbo, Josep Trenchs (València: Publicacions de la Universitat de València, 2009), cap. 52. *De l'offici del prothonotari tinent los segells*, 123. Estado de la cuestión y nuevos razonamientos sobre las copias conservadas, sus dataciones y modificaciones en Stefano M. Cingolani, “Iocutores, ministerios, cantores en las *Ordinacions de la Casa i Cort* del rey Pedro el Ceremonioso. Espacios y momentos para la música y poesía en el microcosmos curial”, *Medievalismo* 31 (2021): 149-178.

⁵ Sobre la autoría intelectual y material de las proposiciones de corte del Ceremonioso que también se observan en su crónica: Francesc Gimeno, “Escribir, leer y reinar. La experiencia gráfico-textual de Pedro IV el Ceremonioso (1336-1387)”, *Scrittura e Civiltà* XXII (1998): 119-233. También resulta fundamental Suzanne F. Cawsey, *Kingship and Propaganda: Royal Eloquence and the Crown of Aragon c. 1200-1450* (Oxford: Oxford University Press, 2002).

⁶ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 2, pár. 24. Sobre esta crónica y su particular composición remito a Jaume Aurell, *Authoring the Past. History, Autobiography, and Politics in Medieval Catalonia* (Chicago and London: The University of Chicago Press, 2012), esp. cap. 5 “King Peter's *Llibre* and Royal Self-Representation”, 91-108.

⁷ *Ibidem*, cap. 1, pár. 40, 72.

quería envenenarlo⁸. Es posible que este ambiente enrarecido, atestado de enfrentamientos, forjara su rígido y despiadado carácter. Entre los episodios que demuestran su perfil iracundo sobresale la fuerte bofetada que propinó a su hija Juana por defender a su esposo Juan de Ampurias; la orden, quizás incierta, de exterminar a su hermanastro Fernando; o el episodio de la Unión que le ocasionó una herida en la mano con un puñal: de ahí su otro sobrenombre *el del punyale*, que tanto caracterizó su iconografía, como, evidencia, entre otros, el *Rotlle genealògic de Poblet*, realizado hacia 1409 en tiempos de su hijo Martín I⁹ (Fig. 1).

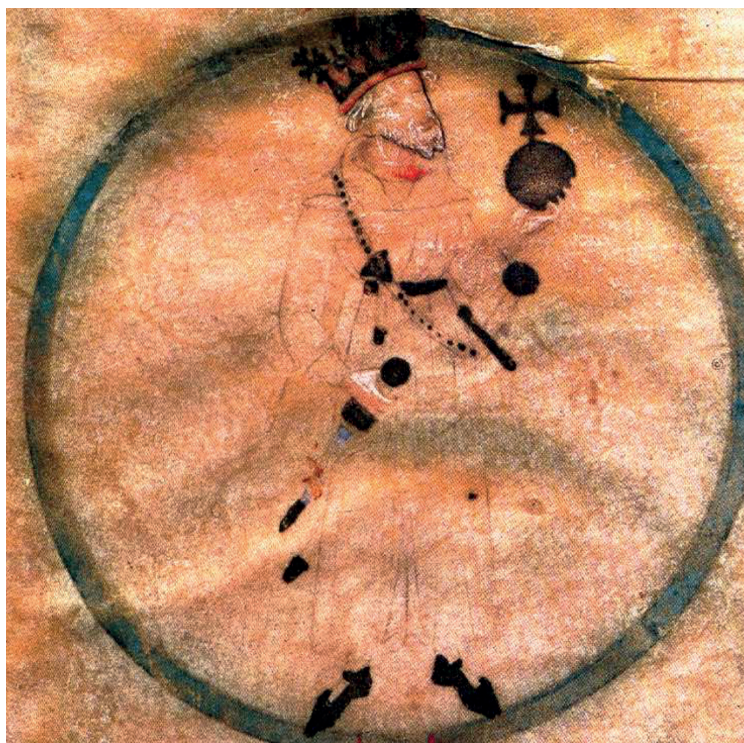


Fig. 1. *Rotlle genealògic de Poblet*. c. 1410. Pedro IV.
© Monasterio de Santa María de Poblet.

⁸ Sobre las tensiones familiares: Jocelyn H. Hillgarth, “La personalitat política i cultural de Pere III a través de la seva crònica”, *Lengua & Literatura* 5 (1992-1993): esp. 8-13.

⁹ Edición facsímil en Francisco Gimeno y Amadeo Serra, “Representar la dinastía: el manuscrito genealógico del monasterio de Poblet: estudio introductorio”, en: *Genealogia dels Comtes de Barcelona i Reis d'Aragó* (València: Patrimoni Edicions, 1997). Sigue la datación de Josefina Planas, *El esplendor del gótico catalán. La miniatura a comienzos del siglo XV* (Lleida: Publicacions de la Universitat de València, 1998), 192. Detalles y bibliografía en Marta Serrano, *Effigies Regis Aragonum. La imagen figurativa del rey de Aragón en la Edad Media* (Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2015).

Desconocemos en profundidad cuál fue su formación durante su adolescencia, no exenta de enfermedades, pero, a tenor de los intereses literarios, jurídicos y artísticos que demostró a lo largo de su vida, debió de ser profunda y sistemática. Reorganizó la cancellería real, para la que solicitó que el canciller fuese arzobispo o obispo doctor en leyes¹⁰, y promocionó la literatura, entre otros autores a Jaume March, Lluís d'Averçó o Francesc Eiximenis. Lo más trascendente fue la redacción de su crónica, que no dudó en supervisar personalmente de forma documentada y eficiente: el *Libre en què es contenen tots los grans fets qui són entrevinguts en nostra Casa, dins lo temps de la nostra vida*, basada en registros de la Escribanía del Racional¹¹, y la *Crónica de San Juan de la Peña*, que hizo redactar en catalán, aragonés y latín.

Los sobrenombres que le ha dado la historiografía son indicativos del su carácter, como queda dicho “el del Punyalet” y “el Ceremonioso”, síntesis de su carácter autoritario e iracundo, pero también puntilloso, formalista y solemne, seguramente como consecuencia de las dificultades que tuvo que afrontar para asumir la corona. Consciente del valor de la gestualidad y de la imagen, y “a pesar de que Dios no nos haya hecho grande de cuerpo”¹², utilizó todos los mecanismos a su alcance para visibilizar la magnificencia de la institución monárquica desde el instante de su coronación. Resulta ilustrativo, por ejemplo, que en sus *Ordinacions*¹³ explicita la necesidad de colocar en las capillas el ornato requerido, “con pinturas y tales cosas”, para que sean vistas y comprendidas por quienes carecen de “ciencias de letras”¹⁴: no hay duda de que las escenografías, el aparato y los objetos eran persuasivos y significantes para el rey. Y para ello era imprescindible mostrarse con los ornamentos pertinentes. Es elocuente que desease tener “paños de lana con historias que nos sirvan cuando estemos en la mesa, que sean puestos detrás nuestro en las paredes” y asimismo “en la cabeza de nuestro lecho”, en torno al cual debía haber también cortinas. Es muy significativo, igualmente, que indique que, bien por su belleza o por otras preeminencias, en los días más solemnes, o cuando él lo requiriese, hiciese uso de ellos sin inconveniente alguno¹⁵, lo que sugiere cierta gestión de estos por parte de los oficiales de la real casa.

¹⁰ *Ordinacions*, cap. 50. *Del canceller*, 119.

¹¹ Redactada antes de 1380: Jocelyn H. Hillgarth, *Pere III of Catalonia (Pedro IV of Aragón)*, *Chronicle* (Toronto: Pontifical Institute of Mediaeval Studies, 1980), 125, n. 2.

¹² El rey indicaba que, no obstante, tenía tanta voluntad y corazón como cualquier caballero de este mundo para vivir o morir y defender su corona y reino: Ricard Albert y Joan Gassion, *Parlaments a les Corts catalanes* (Barcelona: Barcino, 1928), 24-25.

¹³ Los motivos que llevaron a la reorganización de su casa, en Alexandra Beauchamp, “Ordonnances et réformes de l'hôtel royal au debut du règne de Pierre IV d'Aragon”, *Anuario de Estudios Medievales* 39/2 (2009): 555-573.

¹⁴ *Ordinacions*, cap. 101. *De la ordinació de la cappella*, 205.

¹⁵ *Ordinacions*, cap. 81. *De les vestedures e altres ornaments*, 165.

Nos consta que el Ceremonioso tenía tapices con los bustos de Arturo, Roland o Carlomagno, con los que quería dar una imagen de rey piadoso, impregnado por el deber de la lucha contra los infieles haciendo un parangón entre las conquistas en Tierra Santa con la suya propia en la península. Estos tapices, además, constituían un programa de justificación de las pretensiones de expansión de la corona¹⁶. Cada seis años, en la festividad de Navidad, debía montarse, para su cámara, un lecho nuevo, “con paño de oro y de terciopelo o de otros tejidos de seda ricos, con cobertor”, que debían complementarse con cinco cojines con idéntica tela, obra y color. Igualmente, alfombras de lana para extender en el suelo, con tonalidad y trabajos similares. Del mismo modo, en Pentecostés debían hacerse nuevos ornamentos con el señal real, y este nuevo lecho se colocaría en la cámara del consejo¹⁷.

El rey debía mostrarse con una presencia apropiada, para la cual instituyó unas regulaciones para reglar los oficios que cuidaban su persona, incluido su físico, entre otros el barbero, que debía peinarle con el instrumental adecuado¹⁸. Consciente de que la fragilidad humana provocaba que su salud corporal no fuese continua¹⁹, ordenó que en su corte, ordinariamente, hubiese dos médicos “instruidos y probados en medicina o física que diligentemente insistan para la conservación de nuestra salud”, exhortando a que no manifestasen, salvo “licencia especial”, enfermedad alguna públicamente²⁰.

3. Presencia física del rey conforme a las referencias textuales e iconográficas

3.1. Precedentes de un carácter ceremonioso: la coronación de Alfonso el Benigno

Con ocho años, en abril de 1328, había asistido a la coronación de su padre Alfonso, fascinante según su crónica, cuyos renglones afirman

¹⁶ Véase Thomas Lüttenberg, “Le tissu comme aura. Les fonctions des tentures à la cour d’Aragon et à Barcelone (XIVe-XVe siècles)”, *Persée. Mélanges de l’École française de Rome. Moyen Âge* 111/1 (1999): 373-392. Su hijo Martín aprovecharía esta serie de tintes legitimadores al solicitar un paño de raso donde figuraba historiado el sitio y la toma de Catania, acontecimientos bélicos que él mismo protagonizó: Antoni Rubió, *Documents per a la història de la cultura catalana mig-aval* (Barcelona: Institut d’Estudis Catalans, 1908), vol. I, doc. CCCCLXXIX.

¹⁷ *Ordinacions*, cap. 81, 166.

¹⁸ *Ordinacions*, cap. 32. *Del barber*, 96.

¹⁹ *Ordinacions*, cap. 51. *Del vicecanceller*, 122.

²⁰ *Ibidem*. 33. *Dels meges de física*, 97-98. Sobre la obsesión del rey por su salud: Amada López de Meneses, “Documentos acerca de la peste negra en los dominios de la Corona de Aragón”, *Estudios de edad media de la Corona de Aragón* 6 (1956): doc. 16, 304-305; Lluís Puig y Luisel·la Puig, “El rei Pere III “el Cerimoniós” i la medicina”, en *Actes del III Congrés d’Història de la Medicina Catalana* (Barcelona: Universitat de Barcelona, 1981), vol. 3, 211-220.

que fue una de las más notables fiestas que se habían celebrado en la Casa de Aragón: aunque la solemnidad no se llevó a cabo en la iglesia de San Salvador y como era acostumbrado, fue “más honrada que la de ninguno de sus predecesores”²¹. Es elocuente que el nuevo rey entendiese esta ceremonia, inserta en un clima de exaltación monárquica común en el ámbito europeo, “sólo” como un acto escenográfico y de magnificencia que plasmaba visualmente el honor extraordinario de la soberanía, puesto que él ya había alcanzado el “ápice de la dignidad real” a la muerte de su padre²². Igualmente, al escoger el día de Pascua, el rey Alfonso había establecido un paralelismo entre la muerte y la resurrección de Cristo y la muerte de Jaime II y la resurrección pública de la realeza²³. Significativamente, el mismo día que empezaban los ceremoniales de coronación, concluía el duelo por la muerte de su padre²⁴.

Fue también reveladora la indumentaria para el acontecimiento que, suntuosa, coincidía con las específicas del diácono: alba, dalmática, estola –cruzada sobre el hombro y la espalda– y manípulo²⁵. Encontramos aquí trazas de la llamada lucha de la soberanía frente a la teocracia pontificia que promovía la ficción de que era el papa quien otorgaba el reino a través del metropolitano mediante la entrega de la corona. En este sentido, no es casualidad que fuera el Benigno quien introdujese el cambio más significativo a nivel gestual y visual: cogiendo él mismo la corona depositada sobre el altar y colocándosela en la cabeza mostraba, sin imposturas, que era él el único poder soberano. Haría lo mismo con el resto de las insignias. El oficiante, el infante don Juan arzobispo de Toledo y hermano del soberano, sólo la bendijo, aunque, una vez colocada sobre la cabeza del rey, se dispuso, junto con sus otros hermanos Pedro y Ramón Berenguer, a ajustársela. Ningún ceremonial anterior, ni peninsular ni ultrapirenaico, preveía la sustitución del obispo oficiante por el rey en el acto de colocar la corona, si bien muy pronto, en 1332, sería imitado en Castilla por Alfonso XI²⁶. Pedro el Ceremonioso fue testigo ocular del acontecimiento.

La solemnidad y grandeza de la liturgia también impresionaron a Muntaner²⁷, quien describió al detalle el fastuoso desfile, el cortejo

²¹ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 1, pár. 43.

²² Bonifacio Palacios, *La coronación de los reyes de Aragón. 1204-1410. Aportación al estudio de las estructuras políticas medievales* (Madrid: Anubar, 1975), 207, n. 9.

²³ Ramon Muntaner, *Crònica*, ed. Ferran Soldevila (Barcelona: Selecta, 1983), cap. CCXCIV.

²⁴ Jerónimo Blancas, *Coronaciones de los Serenísimos Reyes de Aragón* (Zaragoza: Juan Francico Andrés de Uztarroz, 1641), lib. I, p. 30.

²⁵ Muntaner, *Crònica*, cap. CCXCVII.

²⁶ Estudio en Olga Pérez, “Ceremonias regias en la Castilla Medieval. A propósito del llamado Libro de la Coronación de los Reyes de Castilla y Aragón”, *Archivo Español de Arte* LXXXIII/332 (2010): 317-334.

²⁷ Muntaner, *Crònica*, cap. CCXCVII.

y las insignias de oro, perlas y piedras preciosas, y el gran banquete posterior, cuando el infante Pedro recitó un serventesio hoy perdido compuesto por él mismo sobre la interpretación alegórica de las insignias: a tan corta edad, quien se convertiría de forma inusitada en rey ya denotaba su seducción por las solemnidades y sus fórmulas e instrumental protocolarios.

3.2. *La constatación de su talante en su propia coronación*

Sensible a la importancia de la pompa regia y del valor propagandístico del ritual, el rey Pedro, ya antes de su coronación, supo del potencial de la escenificación del poder y la gestualidad. Quiso coronarse en Zaragoza siguiendo el ejemplo paterno, esto es, con la dalmática y todo el ajuar que pertenece a rey que debe tomar la corona²⁸. Lo hizo en la Seo, el domingo de Pascua de 1336, volviendo a ser la Aljafería testimonio de los festejos en los que llegaron a participar unos 10.000 comensales en la comida principal, número quizás exagerado²⁹. Tenía entonces 16 años, aunque su juventud no le privó demostrar su coraje ante la insistencia del obispo celebrante, Pedro López de Luna, de colocarle la corona, lo que provocó una larga discusión en la sacristía que retrasó la ceremonia. El futuro rey quería replicar el gesto de su padre, quien ocho años antes se había coronado a sí mismo: quien sería apodado como Ceremonioso sabía ya entonces que el ejercicio del poder requería de prácticas simbólicas y gestos significantes, por lo que no dudó, asesorado por su padrino Ot de Montcada, en demostrar de forma autoritaria y mayestática el carácter del que haría gala el resto de su vida y su independencia ante la iglesia. Hizo creer al religioso que accedía a sus demandas, aunque llegado el momento cenital del ritual se colocó él mismo la corona expresando al prelado, conforme a su crónica, “que no nos ajustase ni nos tocase nuestra corona, que nosotros lo haríamos”³⁰.

Con ello, el Ceremonioso, consciente de que el acto y su gestualidad suponían una culminación en el proceso de exaltación del rey ante sus súbditos, no sólo cogió el mismo la corona y el resto de las insignias –aunque los términos pronunciados eran incongruentes con el acto que se estaba llevando a cabo–³¹, sino que evitó que nadie las tocara. Como se había manifestado en el ceremonial paterno, el

²⁸ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 2, pár. 9. Es indicativo el verbo “prendre” coronación: tomar o acoger; no “ser” coronado, que implicaría la actitud pasiva del rey.

²⁹ *Ibidem*, pár. 15.

³⁰ *Idem*, pár. 12.

³¹ Palacios, *La coronación*, 245, n. 32, el arzobispo proclamó que la corona *licet ab indignis episcoporum manibus capiti tui imponitur*. En la segunda redacción del ceremonial, y sus copias, estos términos desaparecieron y se añadieron otros en sintonía con lo que ocurría en la solemnidad.

carácter sagrado del rey se enfatizaba mediante su vestimenta, de la que destaca la estola y cómo debía llevarla, “así como evangelistero”. Con esta indumentaria eclesiástica, permitida por Roma en ciertas coronaciones desde principios del siglo XI, el rey de Aragón volvía a reconocer y a manifestar visualmente su anhelado *sacerdotium*. Y es que, como pude argumentar hace algún tiempo, con él asistimos a una suerte de teología política que alcanzará, en la manifestación visual del monarca como *rex et sacerdos*, uno de sus hitos más evidentes y espectaculares para el universo sensorial³². Ordenó redactar un ceremonial de coronación para reglamentar esta liturgia y consolidar así cada fase del rito para reforzar la potencia de este gesto de auto-coronación, que hacía visible y exhibía su poder ante sus súbditos, y conformar su idea de separación entre las dos partes de la ceremonia: la espiritual, con la unción impartida por el arzobispo; y la temporal, la coronación, donde intervenía sólo el rey tomando las insignias directamente del altar, sin ayuda de ninguna otra persona³³. De este ceremonial, el *Ceremonial de consagración y coronación de los reyes de Aragón*, se realizarían tres versiones, dos de ellas con escenas que representan el acto en el que el rey toma la corona del altar para colocársela, él mismo, sobre su cabeza³⁴. Nos encontramos ante la cristalización, por convertirse en prescripción, de lo acontecido durante su ceremonia de Coronación: el rey se preocupó de que sus sucesores “al inicio de su regimiento, antes que nada, se informe de qué manera y con qué solemnidad debe tomar la corona”³⁵. Las imágenes que encabezan el ceremonial, tanto del rey como de la liturgia destinada a la reina, que recibe la corona a manos del rey, son excepcionales en el arte medieval³⁶ (Fig. 2).

³² Si bien contó con precedentes en su saga: Marta Serrano, “Rex et Sacerdos. A veiled ideal of kingship? Representing priestly kings in Medieval Iberia”, en Montserrat Herrero, Jaume Aurell y Angela C. Micheli, *Political Theology in Medieval and Early Modern Europe. Discourses, Rites and Representations* (Turnhout: Brepols, 2017), 337-362.

³³ Sobre esta ceremonia y su importancia gestual, en su vertiente textual e iconográfica: Jaume Aurell y Marta Serrano, “The Self-coronation of Peter The Ceremonious (1336): Historical, Liturgical and Iconographical Representations”, *Speculum. A Journal of Medieval Studies* 89/1: 66-95.

³⁴ Son los ejemplares conservados en la Fundación Lázaro Galdiano, Madrid (Ms Reg. 14425) y en la Biblioteca Nacional de Francia, París (Ms. Esp. 99). El conservado en la Fundación March, Mallorca (Ms. Phillips 2633), presenta miniaturas muy similares sobre la coronación de la reina que, arrodillada, es coronada por el rey. Pero diverge en la composición de la coronación del rey: en el código insular el soberano está arrodillado y recibe la corona de manos del metropolitano, lo que manifiesta la completa independencia (incongruencia, más bien) de la iconografía de la inicial con respecto al texto normativo que encabeza.

³⁵ Fragmento del manuscrito de la Fundación Lázaro Galdiano, fol. 19r.

³⁶ Aurell y Serrano, *The Self-coronation*.



Fig. 2. Ceremonial de consagración y coronación de los reyes de Aragón, fols. 19r y 35v. 2ª ½ del siglo XIV. © Fundación Lázaro Galdiano, Madrid.

Este acontecimiento, que el rey califica en su *Crònica* como “el más honrado que ningún otro que pudiese esperar en este siglo”, concluyó siendo aplaudido por los vasallos en el interior de la iglesia³⁷. Salió en procesión, con un cetro de oro “muy bello” y un pomo, montando un caballo guiado por unas largas cadenas de plata. El séquito se ordenó por jerarquías, lo que suscitó ciertas protestas que el Ceremonioso, haciendo gala de su autoridad, pero también de su afectuoso talante, solventó reorganizando el orden para contentar a todos. Unos elegidos llevaban sus armas: la espada, insignia que tanto revalorizaría a lo largo de su reinado³⁸, y el señal real. Las estancias de la Aljafería, lugar del convite, estaban encortinadas y empaliadas con ricos paños de oro, seda y otros materiales. Se ordenaron diversas disposiciones para el servicio del rey aquel día: en la primera redacción de su crónica el rey cita que, además de las formalidades señaladas, “se habían hecho hacer otras”, mientras que, en la versión final, explicita, queriéndose mostrar una vez más solemne y formalista, que fue él mismo quien las ordenó: “hicimos hacer otras”, recalca³⁹.

Protagonizó una nueva ceremonia de coronación en Mallorca, en mayo de 1344, que describe aún con mayor detalle. Vistió y se aparejó in *sede Maiestatis*, esto es, con una camisa romana de un

³⁷ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 2, pár. 13.

³⁸ Bonifacio Palacios, “Los símbolos de la soberanía en la Edad Media española. El simbolismo de la espada”, en: *VII Centenario del infante don Fernando de la Cerda* (Ciudad Real: Instituto de Estudios Manchegos, 1976), 273-296; Marta Serrano, “Art to seal memory. Coronation ceremonies and the sword as symbol of power: Aragon, 1200-1400”, en: Flocel Sabaté (ed.), *Memory in the Middle Ages. Approaches from Southwestern Europe* (Amsterdam: ARC Humanity Press, 2020), 229-252.

³⁹ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 2, pár. 14, p. 98, n. 272.

pañó de seda delgado verde con algún follaje y sin más decoración, y una dalmática de paño rojo historiado, con obras de oro y hojarasca, pero sin perlas ni otros ornamentos. Y de este mismo paño, una estola que empezaba en el músculo izquierdo y atravesaba al derecho, con una cinta entorno, junto con un manípulo y calzas de esta misma tela. Llevaba una corona de oro con piedras preciosas y perlas en la cabeza, y un cetro de oro culminado con un rubí en su mano derecha, un pomo de oro rematado por una cruz con perlas y piedras preciosas en la izquierda, y llevaba cinta una espada cubierta completamente de perlas y de piedras preciosas. Con este atavío espléndido, ya coronado como rey de la isla, se sentó ante el altar en una silla y, mirando hacia el pueblo, dijo, con voz muy alta para ser oído por todos, que loaba y daba gracias a Nuestro Señor y a la Virgen por haber favorecido la justicia: en una breve arenga explicó y fundamentó sus derechos a la corona mallorquina y enumeró los delitos por los cuales se había visto obligado a anexionarse el reino⁴⁰. Salió de la seo acompañado por barones y otros hombres, quienes llevaron un pabellón de paño de oro, bajo el cual iba el rey montando un precioso caballo con su silla cubierta de oro y de perlas. En este caso, cabalgó solo, con la corona sobre su cabeza, el cetro en su diestra y el pomo en la izquierda, vestido como queda dicho y con la espada en el cinto. El recorrido fue el mismo que siguieron las procesiones ordinarias de la sede hasta finales del siglo XIX⁴¹. La solemnidad fue extraordinaria: todos los lugares por donde pasaba el monarca estaban encortinados, empalizados y cubiertos por paños de oro, seda y otros materiales. Y todos, “mujeres y otras gentes de la ciudad”, se ajustaron para la ocasión⁴².

3.3. *La presencia regia durante el ministerium regis*

El deseo del rey por dotar a su corte de una normativa que garantizase el decoro institucional, con la dignidad merecida y con nivel equiparable al de las monarquías relevantes del momento, se plasmó, como queda dicho, en la redacción de las *Ordinacions de la casa reial*, cuyo manuscrito original fue elaborado y promulgado en 1344 y al que se añadió, en 1353, el anexo sobre las coronaciones mencionado en el epígrafe anterior. Algunos documentos demuestran que, en vida del rey, y por mandato suyo, se copiaron y miniaron numerosos ejemplares, algunos de los cuales tuvieron que repararse por su deterioro: que daten hasta 1384 indica la constante preocupación del Ceremonioso por la

⁴⁰ *Ibidem*, cap. 3, pár. 47.

⁴¹ Pablo Piferrer y José María Quadrado, *España. Sus monumentos y artes. Su naturaleza e historia. Islas Baleares* (Barcelona: Establecimiento Tipográfico-Editorial de Daniel Cortezo y Cia, 1888), 174, n. a.

⁴² Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 3, pár. 48.

organización de su real casa⁴³, así como también la orden de que cada oficial tuviese extractos de la normativa que afectaba a su cometido individual⁴⁴. Su carácter planificador, metódico y calculador, que ratifica su consciencia sobre la importancia del ritual y la pompa externa, se observa en uno de los primeros manuscritos, hasta hace poco desaparecido, y en cuyas páginas se localizan diversas anotaciones realizadas por él⁴⁵. Aunque hubo precedentes en la Corona de Aragón⁴⁶, ya hace tiempo que se constató la coincidencia de este texto con las *Leges palatinae* mallorquinas, también iluminadas⁴⁷. Estas ordenaciones y su crónica, en las que, insisto, el Ceremonioso intervino de su puño y letra, son elocuentes sobre cómo quería presentarse el rey, cuyo bienestar material y espiritual debía estar en sintonía con su dignidad: innovaba, sustraía o añadía observaciones de acuerdo con la más decente conveniencia que su estamento establecía, pedía o requería⁴⁸.

Su indumentaria estaba convenientemente regulada e inventariada: en el *Llibre de notaments*, el *escriban de ració* apuntaba “todas joyas, paños de oro, de seda y otras cosas parecidas, espadas, vajilla de oro, de plata y todas las otras joyas y cosas que, por su oficio, guarda y custodia”⁴⁹. Cada noche, y con la relación que el camarlengo debía tener, el rey decidía qué vestiría al día siguiente, incluidas las joyas, que debían limpiarse y guardarse cuidadosamente⁵⁰. En su crónica las describe someramente, aunque para él fueron relevantes puesto que “en belleza y composición de vestiduras observa la condición de cada

⁴³ Rubió, *Documents*, vol. I, núm. CLXXIX-CLXXX, CCCXLIX y CCCL; vol. II, núm. CVII, CXXIV, CCLXXX y CCCIV.

⁴⁴ Alexandra Beauchamp, “Les ordinations de la Casa i Cort de Pierre IV d’Aragón et le nombre des serviteurs royaux”, en: Alexanddra Beauchamp, *Les entourages princiers à la fin du Moyen Âge: Une approche quantitative* (Madrid: Casa de Velázquez, 2013), 43-56; Cingolani, *Ioculatores*, 152.

⁴⁵ Manuscrito analizado, transcrito y publicado por Gimeno, Gonzalbo y Trenchs, *Ordinacions*.

⁴⁶ Se conocen prácticas con idéntica finalidad en tiempos de Jaime II, acaso influido por los Hohenstaufen. La organización de la cancellería del Ceremonioso era la cristalización de las prácticas ya en uso en tiempos de su abuelo según Heinrich Finke, *Acta Aragonensia*, vol. I, 1908, XXX-XLVII, y vol. II, 1922, XVI-XXV; Francisco Sevillano, “Apuntes para el estudio de la cancellería de Pedro IV el Ceremonioso”, *Anuario de Historia del Derecho Español* XX (1950): 139.

⁴⁷ Las leyes aragonesas son de 1344, después de la anexión del reino mallorquín: Olivetta Schena, *Le Leggi palatine di Pietro IV d’Aragona* (Cagliari: editori della Torre, 1983). Precisiones acerca de la cronología tradicional en Cingolani, *Ioculatores*, 152-157.

⁴⁸ *Ordinacions*, prefacio.

⁴⁹ *Ordinacions*, cap. 75. *De l’escriban de ració*, 156. Existen numerosos inventarios de las reinas. Sirva, de ejemplo Florencio Idoate, “Inventario de los bienes de la Reina D. María, esposa de Pedro IV, rey de Aragón”, *Príncipe de Viana* 8, (1947): 417-435; Daniel Santoron, “Il Tesoro recuperate. L’inventario dei beni delle regine di Sicilia confiscato a Manfredi Alagona nel 1391”, *Anuario de Estudios Medievales* 37/1 (2007): 71-106.

⁵⁰ *Ordinacions*, cap. 30. *Dels escuders de la cambra*, 93.

persona”⁵¹ y sólo debían llevar “preciosidad en vestiduras” quienes ostentaban su dignidad; de otro modo se caía en el orgullo. Para ello su real casa precisaba de un sastre específico para el rey ayudado por dos jóvenes, una buena costurera para sus camisas y otras piezas de corte, como la ropa de cama y otras más íntimas, que debían limpiarse secretamente⁵². También establecía en qué festividades debía proveerse de ropa nueva y con qué tipo de forro, y ordenaba la elaboración de mantos para las fiestas de Navidad, Epifanía, Resurrección y Pentecostés, cuando “por solemne comitiva decorada, se han acostumbrado a embellecer”. El Viernes Santo, sin embargo, debía vestirse de “pañó casi oscuro”, sin forro alguno, prenda que al día siguiente se donaba a un pobre⁵³. Con cinismo nuestro soberano recordaba el disgusto del rey de Mallorca cuando, en las puertas de Puigcerdà y ante la negativa de devolverle sus ropas sin licencia previa del rey de Aragón, “se azotó mucho la cara y la cabeza por aflicción, y se quería herir a sí mismo con sus armas”⁵⁴: así se lamentaba por la pérdida de las piezas de altísima calidad y producto de una artesanía especializada⁵⁵. También fue insultante cuando, ridiculizando al rey de Castilla que había sufrido un durísimo temporal en el mar, explica que acudió a Santa María de Morvedre para hacer reverencia, “con un lazo en el cuello, en camisa y en calzones”⁵⁶.

3.3.1. El consejo real, las cortes, los parlamentos públicos y otras ceremonias y actividades jurídicas

El Ceremonioso tenía su consejo en compañía de personas de confianza, sabios y leales. Eran nobles, barones y doctores solemnes del reino⁵⁷, a quienes se sumaba el enmendador de conciencia: obispo, prelado o maestro en teología y doctor en decretos que lo aconsejaba⁵⁸ y advertía su buena actuación, lo que constituye una forma de justificar, jurídicamente, que sus decisiones eran las correctas. No obstante, en algunas ocasiones el rey recuerda que se encuentra solo para tomar alguna decisión, que el consejo no sabía asesorarlo convenientemente o había voces disidentes, y, en un episodio, que sus miembros le reprocharon una actuación excesivamente severa⁵⁹.

⁵¹ *Ordinacions*, cap. 38. *Del Sastre e sos coadjutors*, 103.

⁵² *Ordinacions*, cap. 39. *De la custurera e de la coadjutora*, 104.

⁵³ *Ordinacions*, cap. 81, 165-166.

⁵⁴ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 3, pár. 244.

⁵⁵ Véase el reciente trabajo de Juan Vicente García, “El lujo cambiante. El vestido y la difusión de las modas en la Corona de Aragón (siglos XIII-XV)”, *Anales de Historia del Arte* 24 (2014): 227-244.

⁵⁶ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 6, pár. 45.

⁵⁷ Como indica, por ejemplo, en *Ibidem*, cap. 3, pár. 51; cap. 23, pár. 13.

⁵⁸ *Ordinacions*, cap. 59. *Dels endreçadors de consciència*, 131-132.

⁵⁹ Entre otros, Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 3, pár. 66; cap. 4, pár. 40.

Las ordenaciones indican donde debía sentarse cada integrante: “en la parte derecha de mi cuerpo” debían disponerse condes, barones y otros caballeros, y a su izquierda prelados y otros clérigos⁶⁰, orden que no coincide con muchas de las miniaturas del período, como las del *Tercer Llibre Verd*⁶¹, aunque sí con la ilustración del folio que encabeza sus *Ordinacions* (Fig. 3). Asimismo, establece cómo debían dirigirse ante él: sentados, en pie o acercándose, dependiendo de cada una de las dignidades. Las arquitecturas donde tenían lugar estas celebraciones fueron diversas, como evidencia la documentación. También ámbitos privados, como la “cámara blanca del real nuestro de Valencia”⁶², nomenclatura que responde a la carga iconográfica de sus muros⁶³, o “nuestra cámara del palacio de Barcelona”⁶⁴ donde en una ocasión comprometida cada consejero dio su asesoramiento en secreto. Su cámara debía estar convenientemente ornada con bellas cortinas y hermosos paños, y dotada con agua suficiente, candelas para iluminar, especias y confites para comer, y armas cerca suyo “por los peligros que algunas veces [...] pueden ocurrir”⁶⁵. El Palacio Real Menor también disponía, en la planta baja, de una *Sala del Consell*⁶⁶, coincidencia de espacios domésticos y ámbitos representativos que no es excepcional y que, como el resto, estaría embellecida con pinturas y paños de pared, tapices adquiridos por el rey⁶⁷, y muebles de todo tipo, arcones y cojines. Muy característico es el conocido *Saló del tinell*, espacio performativo erigido en tiempos de nuestro rey que sustituía la anterior *aula maior*⁶⁸.

⁶⁰ *Ordinacions*, cap. 89. *De la manera de seer e proposar en consell nostre*, 175.

⁶¹ Jaume Sobrequés et al., *Llibre Verd de Barcelona* (Barcelona: BASE, 2004). Estudió sus miniaturas Joaquín Yarza, 99-159.

⁶² Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 5, pár. 17. Quizás se llamó así por estar enlucida o estar decorada en yeso. En el palacio real menor de Barcelona también hubo una cámara blanca, epicentro del albergue del rey. Anna M. Adroer, “El palau de la reina Elionor: un monument desaparegut”, *Lambard. Estudis d'Art Medieval* VI (1994): 247-264. Tuvieron una sala con idéntico nombre los palacios de Perpiñán y Lérida: Francesca Español, “El palau reial menor de Barcelona: usos i espais representatius. La Sala dels cavalls”, *Lambard. Estudis d'Art Medieval* XXVIII (2020): 72.

⁶³ Entre otros, Francesca Español, *Els escenaris del rei. Art i monarquia a la Corona d'Aragó* (Manresa: Angle, 2001); Español, “Palau reial menor”, 57-82.

⁶⁴ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 3, pár. 182.

⁶⁵ *Ordinacions*, cap. 30, p. 94 i 31. *Dels ajudants de la cambra*, 95.

⁶⁶ Daniel Cid, “La restauració del desaparegut Palau Reial Menor de Barcelona a través del Llibre d'Obra. El cas de la Sala Major (1376-1378)”, *Acta Historica et Archaeologica Medievalia* 18 (1997): 397-425.

⁶⁷ Marçal Olivar, *Els tapissos francesos del rei En Pere el Cerimoniós* (Barcelona: Manuel Barbié, 1986).

⁶⁸ Entre otros, Josep M. Madurell, “Las antiguas dependencias del Palacio Real Mayor de Barcelona”, *Analecta Sacra Tarraconensia* 14 (1941): 142-148; Anna M. Adroer, *El Palau Reial Major de Barcelona* (Barcelona: Ajuntament de Barcelona, 1979), 33-34.

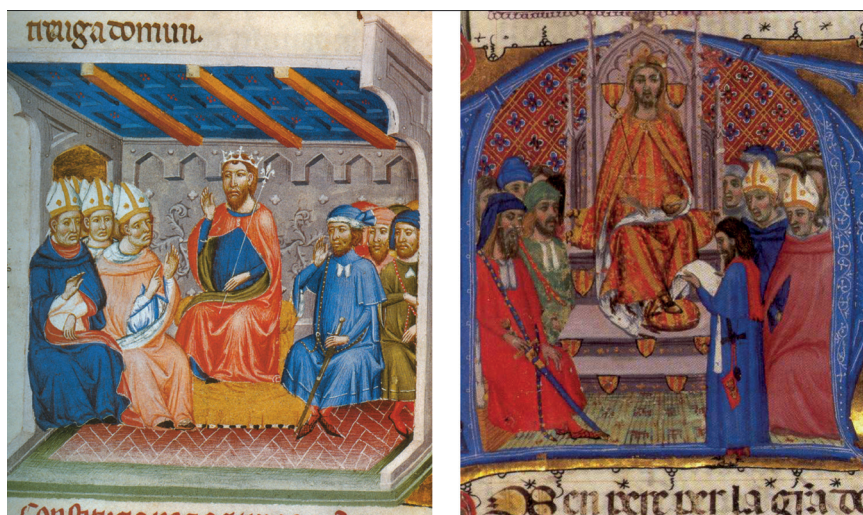


Fig. 3. Tercer Llibre Verd, fol. 21r. c. 1348. Jaime I.

© Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona; Ordinacions de Cort, fol. 1r. Pedro IV.

© Bibliothèque Nationale de France.

También las cortes se celebraban en ámbitos dispares⁶⁹, aunque me parece que es muy significativo que asignase para las que reclamaba la Unión, partido que deseaba limitar los poderes del soberano, la iglesia de San Salvador, donde protagonizó su coronación. El rey describe el acto: se sentó en el trono, ornado de paños de oro, donde se acostumbra a leer el Evangelio, y los asistentes se distribuyeron en bancos a las puertas del coro, salvo las autoridades eclesiásticas, ubicadas en un banco cerca del altar⁷⁰. Allí el rey realizó su *proposició*, muestra de la teología política que alcanzó, con el Ceremonioso, una de las cotas más espectaculares quizás en relación a la laicización que se había producido en la ceremonia de coronación cuando él mismo cogió la corona del altar: estas intervenciones fueron entendidas como instrumento de propaganda visual al demostrar la sanción divina de su condición regia mediante el aludido binomio *rex et sacerdos*⁷¹. Demostró ser un hombre familiarizado con las letras sagradas más que con las profanas: erudito, sentencioso, arguyendo con sutileza de escolástico, disertando con el arte de orador dialéctico, buscando efectos y empeñándose en convencer y conmover a su auditorio, como hacía el

⁶⁹ Xavier Barral, “El marc monumental de celebració de les corts a l’edat mitjana”, en *Les Corts a Catalunya: actes del Congrés d’Història Institucional* (Barcelona: Generalitat de Catalunya, 1991), 407-411.

⁷⁰ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 4, pár. 23.

⁷¹ Serrano, “Rex et Sacerdos”.

predicador en su trono⁷². También celebró una sesión en la casa mayor del monasterio de Predicadores de Zaragoza, donde prohibió a los caballeros asistentes acudir *guarnits*, esto es equipados con armas⁷³, hizo quemar todas las escrituras y procesos de la Unión y, asimismo, trocear y romper su gran sello donde se efigiaba un rey entronizado y debajo de él, el pueblo con las manos alzadas implorando justicia⁷⁴: ningún ejemplar de este tipo sigilográfico ha llegado hasta hoy. Destruído todo, volvió a la Seo y, “desde el lugar donde se acostumbra a predicar”, habló al pueblo. Después, bajó a su trono y se dispuso en su sitial “para razonar ordenadamente”⁷⁵.

Nunca eligió los espacios de forma arbitraria. Parece revelador que, para justificar su acción bélica contra el juez de Arborea en Cerdeña hablase ante los barceloneses en la plaza de Santa María del Mar, cuya lápida conmemorativa del inicio de su construcción en 1329 menciona, precisamente, la conquista de aquella isla por parte de su padre, Alfonso el Benigno⁷⁶. Consciente de la rentabilidad del lugar, el rey explicita que accedió a aquella gran plaza y subió a una plataforma donde también se dispusieron barones, caballeros y otros oficiales de la casa real. Se presentó “ataviado con nuestras vestiduras reales y con nuestra corona en la cabeza. Y aquí hicimos el sermón a todo nuestro pueblo de la ciudad, que estaba congregado”⁷⁷. Explicó la rebelión y traición y, junto a “otros hechos antiguos que son dignos de recordar”⁷⁸ y reconociéndose como “buen pastor” utilizando términos de las Sagradas Escrituras, anunció la inminente campaña contra Cerdeña. Seguramente lo hizo entronizado en solio con paños obrados y cojines de oro y terciopelo con sus armas reales: era prescriptivo tenerlos disponibles para cuando “debamos hablar al pueblo sobre alguna cuestión, o deban acudir ellos a nuestra presencia”⁷⁹.

Los textos refieren también ceremonias de homenaje al rey, que a veces protagonizaba personalmente. Es muy ilustrativa la que debió brindarle el rey de Mallorca, quien solicitó que no se hiciese públicamente. Aunque el Ceremonioso había preparado el *saló del tinell*, aceptó la petición y se celebró en la capilla de Santa Ágata del palacio real⁸⁰, donde después realizaría el acto jurídico que impedía

⁷² Antoni Rubió, “Algunes consideracions sobre la oratoria política de Catalunya en l’Edat Mitjana”, *Estudis Universitaris Catalans* 3 (1909): 219.

⁷³ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 4, pár. 27.

⁷⁴ Zurita, *Anales*, lib. VIII, cap. VII.

⁷⁵ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 4, párs. 49-50.

⁷⁶ Josep Bracons, “Santa Maria del Mar”, en Antoni Pladevall (dir.), *L’Art Gòtic a Catalunya. Arquitectura II* (Barcelona: Enciclopèdia Catalana, 2003), 72-88.

⁷⁷ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 5, pár. 43.

⁷⁸ *Ibidem*.

⁷⁹ *Ordinacions*, cap. 81, p. 167.

⁸⁰ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 2, pár. 34.

la división de los reinos⁸¹. Tuvo muy en cuenta la escenografía: se hizo colocar cojines “de mayor forma y más nobles que el resto”, sin colocar ninguno para el rey insular, quien le pidió que se le pusiera uno. Ante su negativa, el mallorquín quedó en pie “un buen rato” hasta que nuestro rey accedió a cederle uno, “aunque no de aquellos de mayor forma, sino uno de los otros de nuestra cámara”⁸². Como más adelante se verá, no fue el único episodio conflictivo que ambos protagonizaron por asuntos protocolarios. En otros momentos el acto de homenaje pudo tener lugar en espacios imprevistos, como sucedió en Porto Pí, donde el rey estaba en la iglesia de San Nicolás e interrumpió su almuerzo para salir al porche, sentarse en un bancal de piedra y recibir “homenaje y juramento de fidelidad”, en realidad ofrecimiento previo que tendría su culminación solemne el día de la entrada del rey en la ciudad de Mallorca, el 31 de mayo de 1343⁸³. O en las tiendas donde provisionalmente y durante las campañas residía el rey, como en el caso de Elna, a donde acudieron “todas las gentes, hombres y mujeres [...] que vinieron a nuestra tienda a besarnos los pies y las manos”⁸⁴. Una sola vez el rey fue quien debió prestarlo por sus feudos en Córcega y Cerdeña. Fue recibido en Aviñón por el Santo Padre, al que encontró “en su trono y vestimentas pontificales [...] y le hicimos reverencia, esto es, le besamos los pies, y él a nosotros en la boca”⁸⁵. El rey llamó la atención sobre la jerarquía de los participantes: su silla, como la del rey de Mallorca, estaba más baja que la del Papa, pero más alta que la de los cardenales. Que el Santo Padre quisiera que la ceremonia se realizase “ante mucha gente” disgustó al rey de Aragón, quien, además, lo consideró una muestra de vanidad por parte del representante de Cristo. Conforme a la percepción de nuestro monarca, esta vanagloria fue castigada por Dios, quien “quiso que aquella noche se incendiase su palacio y el consistorio”⁸⁶, así que la ceremonia tuvo lugar, finalmente, en “la capilla que ahora es vieja, y entonces era la mayor, pero ahora es la menor”⁸⁷.

A veces el rey administraba justicia personalmente: “y esta sentencia fue hecha por nosotros personalmente y dicha en la Aljafería”⁸⁸, diría en su proceso contra la Unión en Zaragoza, palacio que deberá

⁸¹ *Ibidem*, cap. 3, pág. 95.

⁸² *Idem*, cap. 2, pág. 34.

⁸³ Según cita Teresa Ferrer: *id.*, cap. 3, pág. 35, n. 529.

⁸⁴ *Ibidem*, cap. 3, pág. 160.

⁸⁵ *Idem*, cap. 2, pág. 37.

⁸⁶ *Id.*

⁸⁷ Quizás se refiere a la capilla de San Juan, edificada por Benedicto XII y consagrada en 1336, luego reemplazada por la de los santos Pedro y Pablo, de mayores dimensiones y concluida en 1352: Hillgarth, *Chronicle*, p. 224, n. 63.

⁸⁸ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 4, pág. 48.

fortificar ante el peligro castellano y sentirse allí inseguro⁸⁹. O en Valencia, donde también sentenció “en nuestro real, en la casa baja, al lado del portal mayor” contra el barbero Gonzalvo, que lo había amenazado durante un complot con una canción y a quien el soberano contestó, exhibiendo sus dotes de poeta, tras imponerle la condena capital⁹⁰. El Ceremonioso advirtió de que con él y “por obra de nuestro Señor Dios, que no consiente que los males pasen sin sanción”⁹¹ ningún crimen quedaba sin castigo, beneplácito que se reforzaba también por inspiración divina: “Dios quiso y le plació poner en nuestro entendimiento”⁹², diría en alguna ocasión.

3.3.2. Los viajes, las entradas a las ciudades y la diversidad de residencias del rey

El rey de Aragón aglutinaba bajo su cetro entidades políticas diversas, por lo que, junto a sus quehaceres gubernamentales, debía viajar constantemente. Durante el camino podía hospedarse en residencias muy diversas, muchas de carácter religioso, como el convento de San Francisco de Zaragoza cuando se desarrollaron los funerales de su padre; en el de los franciscanos en Gerona, en cuyo huerto supo que el rey de Mallorca entraba en sus tierras para atacarlo; en el de San Agustín en Aviñón cuando fue a prestar homenaje al papa, incluso en edificios que antaño habían sido mezquita, como en Viver, en tierras de Valencia. Residió también en casas de obispos, como en las del de Gerona, al lado de la catedral, donde se instaló seis días⁹³. Y en albergues, como el de Figueres, y hostales, como el de “la Bella dona” en su itinerario de Barcelona a Gerona, donde debieron colocarse “algunas tiendas para las compañías de nuestra casa, pues no cabíamos todos”⁹⁴. En todos los casos estaba estipulado que el *posader* llegase previamente para preparar el lugar, tanto en alimentos como en mobiliario confortable para reposar⁹⁵ y orar; esto es, personal con los “ornamentos y libros y el resto de cosas necesarias” para la misa⁹⁶. Excepcionalmente, de camino a Montpellier, en el hostel d’En Castelló de Sant Pere, el rey durmió “con la ropa del hostel”, dado que su lecho y su pertinente ajuar no habían llegado a tiempo⁹⁷.

⁸⁹ *Ibidem*, cap. 6, pár. 12.

⁹⁰ *Idem*, cap. 4, pár. 42.

⁹¹ *Id.* pár. 63.

⁹² *Id.*, cap. 6, pár. 4.

⁹³ *Ibidem*, cap. 2, pár. 2; cap. 3, pár. 99; cap. 2, pár. 37; cap. 2, pár. 26 y cap. 3, pár. 58.

⁹⁴ *Idem*, cap. 3, pár. 58.

⁹⁵ *Ordinacions*, cap. 47. *Del posader*, 144.

⁹⁶ *Ibidem*, cap. 64. *De l’abbat de Sanctas Creus*, 139.

⁹⁷ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 4, pár. 12.

A menudo se alojaba en su tienda real, ubicada junto a las de sus gentes de armas en campos, prados o cerca de ciudades⁹⁸. La localización del campamento era esencial: en Canet al tener el sol de frente los de la villa los atacaron duramente; cerca de Perpiñán toda la mesnada “se diseminó, talando viñas, olivos y otros árboles, menos las higueras, ya que los higos nos sabían mejor que cualquier otra fruta”⁹⁹; mientras que en Canet se colocó entre el castillo y la playa para recibir víveres frescos por mar y dárselos a las huestes, poniendo de relieve su carácter magnánimo con respecto a su tropa, lo que vuelve a demostrar cuando, ante la imposibilidad de pagar a su mesnada por falta de moneda, “dispusimos de todas las vajillas de las iglesias, así como sus retablos de plata, cruces, cálices y candelabros, y incensarios, y toda otra vajilla de oro y de plata que encontramos en los relicarios de estas iglesias. Y aquella tomamos y distribuimos entre nuestros soldados”¹⁰⁰. Su crónica menciona algunos detalles sobre el mobiliario y su disposición en el interior de estas tiendas regias: en Elna explica que estaba sentado en un banco, al frente de su lecho, aunque en un pasaje sobre la conquista de Mallorca, en la que el rey insular tuvo que abandonar su tienda apresuradamente, es más explícito: el Ceremonioso se encontró una mesa con los alimentos ya servidos, y los cofres con ropa, alguna vajilla, joyas, y diversos arneses¹⁰¹. Por sus ordenaciones sabemos que en su interior debía montarse y desmontarse su lecho, con la paja recientemente comprada y sus lienzos respectivos¹⁰², y disponer de cojines con tela, color y obra idénticos a los de su cama, y alfombras conjuntadas para el suelo¹⁰³. También debían instalarse cirios para una conveniente iluminación, bancos “en los que con nuestras compañías nos podamos sentar”, y todo lo imprescindible para comodidad y deleite del rey: en verano juncos y ramas verdeantes, y en invierno “lo necesario en el suelo para poder poner los pies”¹⁰⁴. Debía incluirse lo preciso para la salvaguarda del rey, tanto militar con personal y armas a su disposición en su interior¹⁰⁵, como sanitaria: un cirujano debía hospedarse, en período de guerra y de paz, “cerca de nuestra tienda o del lugar en el cual estemos”¹⁰⁶. Requerían su tiempo para instalarse: en Santa Ponça, mientras “nuestra tienda se montaba”, recibió una

⁹⁸ *Ibidem*, cap. 3, pár. 66; pár. 68; pár. 74 y 102.

⁹⁹ *Ibidem*, cap. 3, pár. 74 y 76. La debilidad por esta fruta se ve en otros episodios, como la conquista de Mallorca.

¹⁰⁰ Hecha la estimación de lo adueñado, se hizo “satisfacción y enmienda cumplida poco tiempo después”: *Ibidem*, cap. 6, pár. 45.

¹⁰¹ *Idem*, pár. 162 y 53.

¹⁰² *Ordinacions*, cap. 31, 95.

¹⁰³ *Ibidem*, cap. 81, 166.

¹⁰⁴ *Idem*, cap. 31, 95-96.

¹⁰⁵ *Id.*, cap. 29. *De l'offici dels camarlenchs*, 90; cap. 36. *De l'armador real*, 102.

¹⁰⁶ *Ordinacions*, cap. 33, *Dels meges de cirurgia*, 99.

comitiva del rey de Mallorca¹⁰⁷. Y siempre debían estar preparadas: sus ordenaciones establecen hombres en Zaragoza, Valencia y Perpiñán para que “continuamente, incluso en tiempos de paz, custodien las tiendas y las guarden íntegras y aparejadas, reparándolas y cosiéndolas si era necesario”¹⁰⁸. Era preciso su aspecto inmaculado, puesto que en ella entraban personalidades cercanas, como infantes, barones y caballeros para darle asesoramiento sobre la guerra que debía librar, como en Viver, donde, al ser atacados por la población, tuvieron que huir llegando las llamas a quemar su sobreseñal¹⁰⁹. Lo atestiguan otros pasajes, como en la toma de Mallorca, donde el rey solicitó que se reuniesen en el interior de su tienda los infantes Pedro y Jaime, junto con ricos hombres y caballeros, “pues no queríamos hacer nada sin su consejo”¹¹⁰; en algunas ocasiones indica que son tantos los que le acompañan que “no cabía nadie más”¹¹¹, rememorando términos del *Llibre dels Feyts* y las tan conocida pinturas del Palacio Aguilar de Barcelona, quizás anteriores a 1285-1290¹¹². También pudieron acoger acciones más solemnes, como ceremonias de homenaje, como la que rindió el rey de Mallorca en Elna, quien acudió “armado menos en la cabeza. Y cuando estuvo cerca, nos levantamos y él se acercó, puso su rodilla en tierra, nosotros lo tomamos por la mano y lo levantamos. Y él, sin nuestra voluntad, nos besó en la mano, y nosotros, lo levantamos alto y le besamos en la boca”¹¹³; *osculum pacis* que no tuvo las consecuencias esperadas.

Durante el viaje, el encargado de “la maleta con las vestiduras de nuestro cuerpo que habremos ordenado llevar” era el barbero¹¹⁴, aunque eran los escuderos de cámara a quienes les correspondía prepararlas de acuerdo con los deseos del rey, al que cada noche debían preguntar con qué quería ataviarse al día siguiente¹¹⁵. Escogía también sombreros de sol o de lluvia, “decorados de bellas obras y margaritas”¹¹⁶, más la espada que deseaba llevar durante las cabalgatas y, asimismo, la que debía precederle. A esta insignia se le sumaba el yelmo, con la cimera del dragón alado, incorporada por nuestro rey en 1337 para sumarse a las

¹⁰⁷ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 3, pár. 28.

¹⁰⁸ *Ordinacions*, cap. 37. *De la guarda de les tendes*, 103.

¹⁰⁹ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 2, pár. 26.

¹¹⁰ *Ibidem*, cap. 3, pár. 116.

¹¹¹ *Idem*, pár. 162.

¹¹² Martín Alvir, “Destruir aquels qui reneguen lo nom de Jhesucrist. El obispo de Barcelona Berenguer de Palou (1212-1241)”, en Carlos Ayala y Santiago Palacios (eds.), *Hombres de religión y guerra. Cruzada y guerra santa en la Edad Media peninsular (siglos X-XV)* (Madrid: Sílex Universidad, 2018), esp. 406-414.

¹¹³ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, pár. 163.

¹¹⁴ *Ordinacions*, cap. 32, p. 97.

¹¹⁵ *Ibidem*, cap. 30, p. 93.

¹¹⁶ *Idem*, cap. 81, p. 165.

modas del momento y seguramente superar el factor psicológico de su escasa estatura¹¹⁷, el escudo y la lanza con el estandarte real. Sus servidores debían tener aparejadas, siempre, cuatro sillas de montar con sus frenos respectivos, dos de ellas el cuero cubierto de terciopelo de oro y de seda¹¹⁸ y con su señal real, otra con la señal de San Jorge y la cuarta con el “*senyal antich del rey d’Aragó*”, esto es, la cruz de Íñigo Arista, que el rey Pedro usaba como armas del título privativo (reino o título real de Aragón), como un medio artificioso de diferenciación del general, para el que se reservaban los palos de oro y gules (rey de Aragón)¹¹⁹; diversidad heráldica que se observa en muchas de las obras artísticas que promocionó. Si el viaje se realizaba con premura, como fue el que hizo desde Valencia huyendo de la peste, el rey cabalgaba con tres caballeros¹²⁰, y en casos muy excepcionales, como el que realizó desde Saix a Favarella, se vio obligado a almorzar sin descabalgár. Satisfecho explica: “nos complacimos de aquella tan gran jornada que habíamos hecho, porque en todo el día no descabalgamos, incluso comimos sobre las sillas nosotros y toda nuestra gente”¹²¹.

El Ceremonioso describe sus entradas a las ciudades en general de forma lacónica, como “fuimos recibidos con mucha alegría y muy grande solemnidad”¹²². Aunque a veces ofrece más detalles, como el recibimiento en Lérida, donde salieron a su encuentro, “con armas, cien hombres a caballo, todos engalanados y con mucha gente a pie con armas, bien y honradamente”¹²³. Más explícito es en la entrada de María de Montpellier y sus dos hijas a Perpiñán, donde él ya se encontraba, cuyos habitantes se hicieron vestiduras de seda y bailaron alegremente. Después de vísperas, se montaron bailes en el patio del castillo, “y tuvimos gran placer de bajar y bailar con ellos en la danza mezclada [de hombres y mujeres], de lo que tuvimos mucho gozo y placer”¹²⁴. Hizo llevar vino y confites que compartió con los bailarines: sus ordenaciones establecen que siempre hubiese un encargado que previese especies, confites, frutas y viandas similares para disfrutarlos y compartirlos “fuera de la mesa donde comemos”¹²⁵. Consciente de su estatus y de lo que significa, en Aviñón el Santo Padre “no quiso que entrásemos en segui-

¹¹⁷ Agustí Altisent, “Tres apuntes”, en *Studia in Honorem Prof. M. de Riquer* (Barcelona: Quaderns Crem, 1987), vol. II, 633.

¹¹⁸ *Ordinacions*, cap. 80. *Dels frens e altres aparellaments de cavals*, 164.

¹¹⁹ Alberto Montaner, *El señal del rey de Aragón: Historia y significado* (Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1995), 67.

¹²⁰ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 4, pár. 44.

¹²¹ *Ibidem*, cap. 6, pár. 49.

¹²² *Idem*, cap. 3, pár. 179; pár. 197.

¹²³ *Id.*, cap. 2, pár. 23.

¹²⁴ *Id.*, cap. 3, pár. 199. Sobre la música y el entretenimiento en su corte, Cingolani, *Ioculatores*, 149-178.

¹²⁵ *Ordinacions*, cap. 29, 89.

da” y le solicitó que esperase tres días en Tarascón para preparar esta fiesta “que a rey se pertenece y tal y como se acostumbra a hacer”¹²⁶. Evidencia también de ello es la entrada que realizó en Perpiñán junto con el todavía rey de Mallorca, de la que explica: “y nosotros íbamos antes que el, y él cerca nuestro, así medio cuerpo de caballo”, alborozo jerárquico que le duró poco: en el solemne trayecto para ser recibidos por el Papa, cada uno de los reyes cabalgó “en un igual” aunque al ver “que nuestro caballo se aventajaba al suyo, su caballero [el del mallorquín] dio bastonadas a nuestro caballo y a aquel quien lo guiaba”. Al ver que su homólogo insular no se inmutaba ante la afrenta que sufría, “movidos por gran ira, pusimos mano en nuestra espada para dar y herir al rey de Mallorca, y nuestro señor Dios, que ordena toda las cosas y sabe cuál es la mejor, no quiso que se cumpliera lo que queríamos hacer, y fue bien que llevásemos una espada de nuestra coronación, que era muy rica y notable, adornada de diversas piedras finas y de perlas, que no estaba pensada para herir y, por la vaina que era estrecha, estaba tan dura de sacar del forro que no pudimos sacarla, aunque lo intentamos tres veces”. El infante Pedro tuvo que interceder ante este hecho, público y notorio, del que el rey afirmaría que, si hubiese dado muerte al de Mallorca, no le hubiese importado morir¹²⁷. El talante iracundo del rey se refiere muchas otras veces: no sólo en sus gestos, porque no dudaba en empuñar su puñal amenazante¹²⁸, sino también por su asertividad, que literalmente empalidecía el semblante de su audiencia¹²⁹.

Enfatiza las entradas a las ciudades ganadas, como la de Argilès, donde “toda la gente de la villa nos besaba las manos, y después hicimos reverencia a la Virgen María”. Y allí “se aparejó nuestro sitio, y dijimos allí, en general, algunas buenas palabras”¹³⁰ con las que, como buen orador, justificaban su incursión militar. También la que hizo en la ciudad de Mallorca fue suntuosa y ceremonial: entró sin armas, como se había acordado previamente, “para que el pueblo no se sobrecogiese ni asustase”, e iba acompañado de todas sus gentes, salvo los almogávares, que causaban una hondísima impresión. “Íbamos vestidos a la manera *tiesa*, de paño dimidiado, esto es, una parte de terciopelo rojo y la otra de paño de oro, todo muy fino por el calor del verano. Íbamos con la cabeza descubierta, aunque, antes de entrar, enviamos primero nuestro Señal Real para que fuese puesta en lo alto de la torre más alta del Castillo”¹³¹. Es indicativo el uso del término

¹²⁶ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 2, pár. 37.

¹²⁷ *Ibidem*.

¹²⁸ *Idem*, cap. 4, pár. 43.

¹²⁹ Ordenando callar a Joan Ximénez, el rey dice: “y él, que nos oyó hablar así, descolorido del todo, que el era ya de sí blanco, se sentó”. *Id.*, pár. 31.

¹³⁰ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 3, pár. 125.

¹³¹ *Ibidem*, cap. 3, pár. 35.

extranjero para describir su indumentaria: la corte introdujo tejidos de diferentes procedencias, sobre todo francesa e italiana, importando nuevas formas de vestir, prendas y novedosas ideas sobre la apariencia para sorprender, y para ello los reyes contaron con sastres, peleteros o zapateros extranjeros¹³². No menos elocuente es la entrada que realizó en Valencia tras vencer al rey de Castilla y gracias al “beneficio de Dios y de la Virgen María, y del bienaventurado San Jorge”, en la que los valencianos estaban tan contentos que “corrían a besarnos las manos y los pies, incluso las faldas de las armaduras de nuestra persona y nuestro caballo”¹³³. O la que hizo, recibido el homenaje del rey de Mallorca, en Perpiñán, cuyas gentes “estaban maravilladas de nuestra gente, que era muy buena y bella y bien aparejada”¹³⁴; en ocasiones indica que “sabemos bien que las gentes tenían gran placer de nosotros”¹³⁵.

Otras veces fueron menos festivas, incluso conflictivas: hubo un intento de regicidio en Perpiñán, donde en unos albergues unos traidores pretendían tirarle “flechas envenenadas”, apresarle y matarlo. Si el plan no surtía efecto, “con llaves falsas” abrirían el castillo a Jaime de Mallorca y a sus hombres armados, para señorearse del castillo y asesinarlo¹³⁶. Igualmente, durante las guerras con su madrastra y hermanastro en tierras de Valencia, quiso entrar en Borriana, cuya población insistió a la avanzadilla del rey que no les abrirían las puertas y que, si alguien se acercaba a la puerta de las torres, tirarían piedras hasta hacerlo huir. Demostrando entereza, el Ceremonioso se acercó y les dijo: “soy vuestro rey y vuestro señor, el rey Pedro de Aragón; acercaos a las almenas y veréis que lo soy. Y oídas estas palabras, se asomaron y nos reconocieron”. Identificado por su atuendo e insignias, le abrieron la “portezuela de la puerta del portal mayor”, descabalgó, acudió hacia la iglesia donde fue recibido “con gran gozo, llorando y haciéndonos reverencia con los codos en tierra”¹³⁷ y lloraron con él, y él, demostrando condescendencia, lloró con ellos, porque la población quería permanecer bajo sus dominios. No era la primera vez que lloraba como muestra de amor a sus sometidos: en idéntico marco de las guerras contra el rey de Castilla, ante la descripción que le hicieron del sitio de Valencia, “todos los ojos nuestros, tanto mentales como corporales, se deshicieron en lloros”¹³⁸. También se exhibió en otra ocasión, esta vez para alentar a sus huestes que lo creían muerto: “tuvimos que subir en un lugar del hostel, donde mostramos nuestra persona, y les mandamos

¹³² García, “Lujo cambiante”, 238.

¹³³ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 6, pár. 43.

¹³⁴ *Ibidem*, cap. 3, pár. 163.

¹³⁵ *Idem*, pár. 166.

¹³⁶ *Id.*, cap. 3, pár. 207.

¹³⁷ *Id.*, cap. 2, pár. 30.

¹³⁸ *Id.*, cap. 6, pár. 40.

[a los soldados] que no se moviesen. Y entonces todas las compañías que quedaron allí, porque vieron nuestra persona”¹³⁹.

3.3.3. La guerra: el rey militar por justicia y como *miles Christi*

Pedro el Ceremonioso vivió en un contexto bélico contra Francia, Castilla y Mallorca, que anexionó a su propio reino. En lo que atañe a su presencia resultan elocuentes sus ordenaciones, donde establece que, de forma congruente a su persona y dignidad, las armaduras que cubran su cuerpo sean pulcras y bellas, sin corrosión, oxidación o deterioro alguno. Custodiadas por el armador real, debían repararse o hacerse nuevas, y estar preparadas para cualquier ocasión incluidas las secretas “que podamos llevar en lugares oportunos”, junto con otras que, propias del rey, debían colocarse cerca de su cama¹⁴⁰. Era prescriptivo anotarlas en el *Llibre de notaments*, donde se inventariaban sillas, frenos, espuelas, espadas del armador real, corazas, yelmos, cubriciones del cuerpo, espalderas y lorigas de caballo y perpuntes¹⁴¹, elementos que se observan en los reversos de su sigilografía, donde el rey figura ecuestre (Fig. 4). Las descripciones del rey suelen ser escuetas: “nos ataviarnos y nos guarnecemos”¹⁴², o “íbamos regulados y ordenados [...] aparejados para herir”¹⁴³, aunque a veces sorprenden sus detalles: tras un difícil ascenso por las rocas para conquistar Mallorca, “cuando estuvimos arriba del todo, todo nuestro calzado estaba rasgado”¹⁴⁴.



Fig. 4. *Flahó* o sello mayor. Pedro IV. 1343-1344. © Ferran de Sagarra, Sigil·lografia catalana, num. 59.

¹³⁹ *Id.*, pár. 35.

¹⁴⁰ *Ordinacions*, 36, 101.

¹⁴¹ *Ibidem*, cap. 87. *De l'argent de la cort nostra*, 156.

¹⁴² Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 3, pár. 26.

¹⁴³ *Ibidem*, cap. 6, pár. 53.

¹⁴⁴ *Idem*.

Recuperó el ideal de providencia, que había retomado Muntaner y que ya se observa en tiempos de Jaime I, quien en su crónica señalaba que los reyes y súbditos de Aragón estaban guiados y eran beneficiarios de la bondad de Dios, lo que a mi modo de ver tiene que ver con la estrella precediendo al jinete en sus sellos¹⁴⁵: admirador del Conquistador y lector de su *Llibre dels Feyts*¹⁴⁶, afirmaría que “no hay nada de nuestra parte, solamente de la bondad divina”¹⁴⁷. Sus batallas son resultado de los designios divinos, benevolencia de Dios, la Virgen y San Jorge, “que fue y es abogado de las batallas de nuestra casa de Aragón”¹⁴⁸. Sus huestes le seguían con lealtad y convencimiento incluso cuando les invitaba a irse antes del combate¹⁴⁹. Tanto es así que quienes no desembarcaron para librar la batalla de Mallorca, “se tiraron de los cabellos y las barbas e hicieron gran aflicción por no poder venir con nosotros”¹⁵⁰. No obstante, siempre quiso planificar bien las batallas, como hemos constatado a través de los consejos o, antes de la conquista de Mallorca, cuando fue asesorado sobre “de qué manera están establecidos todos los puertos y las calas y las playas de la isla, y qué gentes tienen a caballo y a pie, que puedan combatirnos cuando tomemos tierra”¹⁵¹.

No dudó en constatar su valentía: contra los castellanos en Valencia, solicitó a sus huestes que “yo sea el primero que vaya a la batalla, y que los cuartos delanteros de vuestros caballos estén con cuartos traseros de mi caballo”. Satisfecho, afirmaba que su presencia causaba respeto al enemigo: “Y, según que nos han contado personas dignas de fe, el rey de Castilla, aquel día que nosotros estuvimos en el campo de batalla [...] viéndonos allí [...] se apartó y quiso tener consejo”¹⁵². Y ello a pesar de su físico: en las cortes de Monzón de 1363 advertía que, “aunque Dios no nos ha hecho grande como persona, sin embargo, la voluntad y el corazón lo tenemos tan grande y tan lleno como ningún otro caballero del mundo”¹⁵³. Algunas veces fue consciente de sus limitaciones: en una ocasión “dijimos a los barones y caballeros que nos siguiesen a pie, y que nos perdonasen porque nosotros cabalgábamos,

¹⁴⁵ He podido analizar este argumento en Marta Serrano, “L'estel en la sigil·lografia dels reis d'Aragó: problemàtiques interpretatives i metodològiques”, en: Xavier Barral (ed.), *La sigil·lografia medieval a Catalunya i a l'Europa mediterrània. Estudis comparatius* (Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, en prensa)

¹⁴⁶ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 3, pár. 193.

¹⁴⁷ *Ibidem*, preface, pár. 34.

¹⁴⁸ *Idem*, cap. 5, pár. 17.

¹⁴⁹ *Id.* cap. 6, pár. 41.

¹⁵⁰ *Id.*, pár. 26.

¹⁵¹ *Id.*, pár. 24.

¹⁵² *Id.*, cap. 6, pár. 41; 52.

¹⁵³ Albert y Gassiot, *Parlaments*, 24-25.

ya que éramos mal peatón”¹⁵⁴; pero trotó con tal suavidad y cuidado, que llegó junto a su compañía.

4. El rey y su devoción

Consciente del favor divino, la devoción del rey se manifestaba en los parlamentos y sus propias actuaciones: su crónica y sus ordenaciones advierten que escuchaba misa diaria, que realizaba actividades caritativas para los despojados de sus bienes¹⁵⁵, protagonizaba ceremonias anuales como el *mandatum*¹⁵⁶ y la que instituyó, con carácter áulico, en la misa del día de Reyes, que en sus *ordinacions* nombra como el día “de la aparición de la estrella”. En ella interpretaba ante su corte el papel de los Magos al ofrecer “I dinero de oro en una cajita, e incienso en otra, y mirra en otra en poca cantidad [...] como hicieron los tres reyes”¹⁵⁷. Con ello, el rey instrumentalizaba esta ceremonia que adquiriría tintes político-religiosos al integrarla en el seno de la campaña de prestigio de la dinastía que había desarrollado a lo largo de su reinado¹⁵⁸: con ello el rey no sólo usaba modelos sacros para su propia representación, como se evidencia en los anversos de sus sellos que remiten, a todas luces por su estructura y por vez primera en la Corona de Aragón, a retablos¹⁵⁹ (Fig. 4), sino que llegó a identificarse con personajes venerables haciendo gala de la ostentación de su devoción en beneficio de la institución que representaba. También se observa en sus títulos sublimes, como *Maiestas* o *Sacra Persona*¹⁶⁰.

El valor político que quiso dar a las efemérides religiosas se evidenció en el segundo traslado de las reliquias de Santa Eulalia a la nueva cripta de la catedral de la Ciudad Condal, el 10 de julio de 1339. La organizó en una de sus primeras estancias como rey de Barcelona y escogió el momento más propicio, cuando se encontraban las más altas dignidades civiles y eclesiásticas, entre otros y como figura clave Jaime III de Mallorca, quien había acudido a prestarle homenaje¹⁶¹. El Ceremonioso convirtió la translación en un espectáculo donde se hacía palpable el poder de la realeza, magnificencia que se constataba por la inmaterial sacralidad del acontecimiento *per se* y por la materialidad que lo aderezaba¹⁶². El

¹⁵⁴ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 3, pár. 28.

¹⁵⁵ *Ordinacions*, cap. 69. *Del servidor de la almoyna*, 146.

¹⁵⁶ *Ibidem*, cap. 29, 90.

¹⁵⁷ *Idem*, cap. 82. *De les oblacions*, 168.

¹⁵⁸ Joan Molina, *Arte, devoción y poder en la pintura tardogótica catalana* (Murcia: Universidad de Murcia, 1999), 166.

¹⁵⁹ Serrano, “Rex et Sacerdos”, 350-354.

¹⁶⁰ Felipe Mateu, “Sacra Regia Aragónum Maiestas. Notas sobre la diplomática y simbología real”, en *Homenaje a Johannes Vincke* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1962), 214.

¹⁶¹ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 2, pár. 35.

¹⁶² Serrano, “Rex et Sacerdos”, 354-356.

significado político del acontecimiento religioso se explicita en la crónica, pero también en el relieve historiado de la tapa del relicario (Fig. 5) donde es posible identificar, entre los efigiados, a Elisenda de Montcada y al rey de Mallorca, quienes observan al rey de Aragón dispuesto a tocar los restos de la santa directamente y sin guantes; el mismo proclamó: “llevamos el dicho cuerpo santo en nuestras manos”¹⁶³. Después hubo un convite, del que destaca que “estuvimos en una solemne mesa un total de veintiuno”, y especifica que en las otras se dispusieron gran número de condes, vizcondes, nobles y caballeros “puesto que en aquellos tiempos todavía no era costumbre que caballero alguno comiese con nosotros”¹⁶⁴. Probablemente con el rey estarían los arzobispos y obispos participantes en la efeméride¹⁶⁵, junto con el prescriptivo médico¹⁶⁶, sentados en bancales con paños de lana obrados y sus cojines de tejido de oro y terciopelo con sus armas reales, como determinan sus *ordinacions*¹⁶⁷. Esta suntuosidad se haría extensiva en la mesa, donde estaría la vajilla de oro y de plata, “la que acostumbramos a usar en palacio”¹⁶⁸, y en la que se servirían “los mejores alimentos que se puedan encontrar”, procurando diversidad y variedad¹⁶⁹. Seguramente todo estaría aderezado con una actuación musical al principio y al final del convite, y quizás con interludios sonoros que marcaban los ritmos de las comidas¹⁷⁰.



Fig. 5. Sarcófago de Santa Eulalia, detalle de la cubierta : Pedro IV, Elisenda de Montcada y Jaime III de Mallorca. c. 1327. © Catedral de Barcelona. Serie 28, n. 40.

¹⁶³ Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, cap. 2, pár. 35.

¹⁶⁴ *Ibidem*.

¹⁶⁵ *Ordinacions*, cap. 78. *De les viandes*, 162.

¹⁶⁶ *Ibidem*, cap. 33, p. 98.

¹⁶⁷ *Idem*, cap. 67. *Dels almoyners*, 143.

¹⁶⁸ *Id.*, cap. 41. *Dels rebosters majors*, 106.

¹⁶⁹ *Id.*, cap. 78, 162.

¹⁷⁰ Cito a Cingolani, *Ioculatores*, 160.

Se preocupó por tener acondicionada, como es debido, su capilla real que, como queda dicho, acogió ceremonias institucionales. Cuando asistía a los oficios divinos, cerca de la cortina de su oratorio debía haber un ujier de armas y, si estaba acompañado, debía entrar para su custodia¹⁷¹, temor a su integridad que se observa también al ordenar que un sacerdote hiciese el “*tast*” de la sagrada forma y vino consagrados¹⁷². El escolano de la capilla debía custodiar las cortinas y el resto de los elementos necesarios para seguir los oficios, así como la silla, el oratorio y lo indispensable según el tiempo litúrgico, incluso cuando el rey estaba de viaje¹⁷³. El capellán mayor debía ornamentar la capilla de forma específica conforme a las festividades, colocando el retablo de plata incluso cuando el rey no estuviera presente¹⁷⁴; ornamentos que se hacían extensivos para el resto de capillas reales, donde en cada festividad del santo al cual estaban advocadas debían colocarse las reliquias en su honor¹⁷⁵, clara exhibición del poder de la realeza tanto en el ámbito espiritual por la posesión de importantes restos de santos, como en el económico por la tenencia de preciosos relicarios de orfebrería¹⁷⁶. Cada cuatro años, el día de Santa María de Agosto, debían realizarse tres cortinas nuevas y cuatro cojines de terciopelo o de paño de seda, dos grandes y otros dos más pequeños, más un paño de seda que debía cubrir las paredes del oratorio. Además, dos paños nuevos de lana que debían cubrir bancos y suelo, del color que más plazca al rey, ornamentados con el señal real, el señal antiguo del rey de Aragón o el de San Jorge¹⁷⁷. Debían repararse y hacerse nuevos siempre que fuese preciso, “considerada la decencia de nuestro estamento”, sin desatender los paños de seda rojos, sin obras, y tejidos blancos de seda con historias para las fiestas más solemnes¹⁷⁸. Como el resto de los enseres de valor, en el *Llibre de notaments* debía inventariarse lo que guardaba el guardián de la capilla: vestimentas, adornos, retablos, ornamentos, todas las otras joyas de oro, plata, y las reliquias¹⁷⁹. A todo ello habría que añadir la música: constituyó una capilla de cantores, con toda la simbología de poder y primicia que ello conllevaba en

¹⁷¹ *Ordinacions*, cap. 44. *Dels uxers d'armes*, 111.

¹⁷² *Id.*, cap. 64, 203-207.

¹⁷³ *Id.*, cap. 66. *De l'escolan de la cappella*, 142-143.

¹⁷⁴ *Id.*, cap. 64, 138-139.

¹⁷⁵ *Id.*, cap. 77. *Dels convits*, 161.

¹⁷⁶ Albert Torra, “Reyes, santos y reliquias. Aspectos de la sacralidad de la monarquía catalano-aragonesa”, en *XV Congreso de Historia de la Corona de Aragón* (Zaragoza: Gobierno de Aragón, 1996), tom. I, vol. III, 495-517; Francesca Español, “El tesoro sagrado de los reyes en la Corona de Aragón”, en *Maravillas de la España Medieval. Tesoro Sagrado y Monarquía* (León: Junta de Castilla y León, 2001), vol. I, 269-268.

¹⁷⁷ *Ordinacions*, cap. 81, 166.

¹⁷⁸ *Ibidem*, cap. 101, 203-207.

¹⁷⁹ *Idem*, cap. 87, 156.

nuestro territorio, seguramente abriendo las puertas a la polifonía del norte de Europa y, por tanto, a las novedades que acababan de introducirse en la corte papal de Aviñón¹⁸⁰.

5. A modo de conclusión

Pedro el Ceremonioso fue un rey de compleja personalidad por las dificultades que atravesó durante su infancia y por las limitaciones y debilidad de su físico al nacer sietemesino. Superó con creces estos condicionantes y, consciente de la preeminencia de su rango y dignidad, escribió su propia crónica y ordenó la redacción de unas ordenaciones de su casa y corte, a las que añadió el ceremonial prescriptivo sobre cómo, y con qué elementos y gestualidades, debía desarrollarse la coronación como rey de Aragón. Este estudio se ha centrado en los aspectos más relevantes que conciernen a su presencia, a cómo describe su participación en todo tipo de actos y cómo deben organizarse, lo que, por otra parte, corrobora su iconografía. Se ha prestado especial atención a su aspecto físico, es decir, a su indumentaria e insignias, pero también a su ubicación y todo lo que le rodeaba, esto es, los escenarios y escenografías, con sus arquitecturas, mobiliario y complementos. Con ello pudo evidenciar, a ojos de los súbditos, la teología política que personificó y que alcanzó, en su manifestación visual, un hito en la saga de los reyes de Aragón.

Fuentes y bibliografía

- Adroer Anna M., *El Palau Reial Major de Barcelona* (Barcelona: Ajuntament de Barcelona, 1979).
- Adroer Anna M., ‘El palau de la reina Elionor: un monument desaparegut’, *Lambard. Estudis d’Art Medieval*, 6 (1994), pp. 247-64.
- Albert Ricard and Gassion Joan, *Parlaments a les Corts catalanes* (Barcelona, 1928).
- Altisent Agustí, ‘Tres apuntes’, *Studia in Honorem Prof. M. de Riquer II* (Barcelona, 1987), pp. 633-36.
- Alvira Martín, ‘Destruir aquells qui renequen lo nom de Jhesucrist. El obispo de Barcelona Berenguer de Palou (1212-1241)’, en *Hombres de religión y guerra. Cruzada y guerra santa en la Edad Media peninsular (siglos X-XV)*, Ayala Carlos y Palacios Santiago, eds. (Madrid, 2018), pp. 361-418.
- Aurell Jaume, *Authoring the Past. History, Autobiography, and Politics in Medieval Catalonia* (Chicago and London: The University of Chicago Press, 2012).
- Aurell Jaume y Serrano-Coll Marta, ‘The Self-coronation of Peter the Ceremonious (1336): Historical, Liturgical and Iconographical Representations’, *Speculum. A Journal of Medieval Studies*, 89/1 (2014), 66-95.

¹⁸⁰ Cingolani, *Ioculatores*, 171.

- Barral Xavier, 'El marc monumental de celebració de les corts a l'edat mitjana', en *Les Corts a Catalunya: actes del Congrés d'Història Institucional* (Barcelona, 1991), pp. 407-11.
- Beauchamp Alexandra, 'Ordonnances et réformes de l'hôtel royal au début du règne de Pierre IV d'Aragon', *Anuario de Estudios Medievales*, 39/2 (2009), 555-73.
- Beauchamp Alexandra, "Les ordinations de la Casa i Cort de Pierre IV d'Aragon et le nombre des serviteurs royaux", en Alexanddra Beauxamp, *Les entou-rages princiers à la fin du Moyen Age: Une aproche quantitative* (Madrid: Casa de Velázquez, 2013), 43-56.
- Blancas Jerónimo, *Coronaciones de los Serenísimos Reyes de Aragón* (Zaragoza: Juan Francico Andrés de Uztarroz, 1641).
- Bracons Josep, 'Santa Maria del Mar', en *L'Art Gòtic a Catalunya. Arquitectura II*, Pladevall Antoni ed. (Barcelona, 2003), pp. 72-88.
- Cawsey Suzanne F., *Kingship and Propaganda: Royal Eloquence and the Crown of Aragon c. 1200-1450* (Oxford, 2002).
- Cid Daniel, 'La restauració del desaparegut Palau Reial Menor de Barcelona a través del Llibre d'Obra. El cas de la Sala Major (1376-1378)', *Acta Historica et Archaeologica Medevalia*, 18 (1997), 397-425.
- Cingolani, Stefano M., "Iocutores, ministerios, cantores en las *Ordinacions de la Casa i Cort* del rey Pedro el Ceremonioso. Espacios y momentos para la música y poesía en el microcosmos curial", *Medievalismo* 31 (2021), 149-178.
- Del Arco Ricardo, *Sepulcros de la Casa Real de Aragón* (Madrid, 1945).
- Español Francesca, 'El palau reial menor de Barcelona: usos i espais representatius. La Sala dels cavalls', *Lambard. Estudis d'Art Medieval*, 28 (2020), 57-82.
- Español Francesca, 'El tesoro sagrado de los reyes en la Corona de Aragón', en Bango Torviso Isidro G. (dir.), *Maravillas de la España Medieval* (León, 2001), vol. I, pp. 269-88.
- Español Francesca, *Els escenaris del rei* (Barcelona, 2001).
- Finke Heinrich, *Acta Aragonensia*, (Berlin-Leipzig, 1908-1922).
- García Juan Vicente, 'El lujo cambiante. El vestido y la difusión de las modas en la Corona de Aragón (siglos XIII-XV)', *Anales de Historia del Arte*, 24 (2014), 227-44.
- Gimeno Francesc, 'Escribir, leer y reinar. La experiencia gráfico-textual de Pedro IV el Ceremonioso (1336-1387)', *Scrittura e Civiltà*, 22 (1998), 119-233.
- Gimeno Francisco and Serra Amadeo, 'Representar la dinastía: el manuscrito genealógico del monasterio de Poblet', en *Genealogia dels Comtes de Barcelona i Reis d'Aragó* (Valencia, 1997), pp. 57-74.
- Hillgarth Jocelyn H., *Pere III of Catalonia (Pedro IV of Aragon)*, *Chronicle* (Toronto, 1980).

- Hillgarth Jocelyn H., ‘La personalitat política i cultural de Pere III a través de la seva crònica’, *Lengua & Literatura*, 5 (1992-1993), 7-102.
- López de Meneses Amada, *Documentos acerca de la peste negra en los dominios de la Corona de Aragón* (Zaragoza, 1956).
- Lüttenberg Thomas, ‘Le tissu comme aura. Les fonctions des tentures à la cour d’Aragón et à Barcelone (XIVe-XVe siècles)’, *Persée. Mélanges de l’École française de Rome. Moyen Age*, 111/1 (1999), 373-92.
- Madurell Josep M., ‘Las antiguas dependencias del Palacio Real Mayor de Barcelona’, *Analecta Sacra Tarraconensia*, 14 (1941), 142-48.
- Mateu Felipe, ‘Sacra Regia Aragonum Maiestas. Notas sobre la diplomática y simbología real’, en *Homenaje a Johannes Vincke* (Madrid, 1962), pp. 201-20.
- Molina Joan, *Arte, devoción y poder en la pintura tardogótica catalana* (Murcia, 1999).
- Montaner Alberto, *El señal del rey de Aragón: Historia y significado* (Zaragoza, 1995).
- Muntaner Ramon, *Crònica*, Ferran Soldevila, ed. (*Les Quatre Grans Cròniques*) (Barcelona, 1983).
- Olivar Marçal, *Els tapissos francesos del rei En Pere el Cerimoniós* (Barcelona, 1986).
- Ordinacions de la Casa i Cort de Pere el Cerimoniós*, Francisco M. Gimeno, Daniel Gonzalbo y Josep Trenchs, eds. (Valencia, 2009).
- Palacios Bonifacio, *La coronación de los reyes de Aragón. 1204-1410. Aportación al estudio de las estructuras políticas medievales* (Madrid, 1975).
- Palacios Bonifacio, “Los símbolos de la soberanía en la Edad Media española. El simbolismo de la espada”, en *VII Centenario del infante don Fernando de la Cerda* (Ciudad Real: Instituto de Estudios Manchegos, 1976), 273-296.
- Pedro el Ceremonioso, *Crònica*, Ferran Soldevila ed. (*Les quatre grans Cròniques, IV*) (Barcelona, 2014).
- Pérez-Monzón Olga, ‘Ceremonias regias en la Castilla Medieval. A propósito del llamado Libro de la Coronación de los Reyes de Castilla y Aragón’, *Archivo Español de Arte*, 83/332 (2010), 317-34.
- Piferrer Pablo y Quadrado José María, *España. Sus monumentos y artes. Su naturaleza e historia. Islas Baleares* (Barcelona, 1888).
- Planas Josefina, *El esplendor del gótico catalán. La miniatura a comienzos del siglo XV* (Lleida, 1998).
- Puig Lluís y Puig Luisel·la, ‘El rei Pere III «el Cerimoniós» i la medicina’, *Actes del III Congrés d’Història de la Medicina Catalana*, 3 (1981), 211-20.
- Rubió Antoni, *Documents per a la història de la cultura catalana mig-èval* (Barcelona, 1908).
- Rubió Antoni, ‘Algunes consideracions sobre la oratoria política de Catalunya en l’Edat Mitjana’, *Estudis Universitaris Catalans*, 3 (1909), 213-24.

- Santoron Daniel, “Il Tesoro recuperate. L’inventario dei beni delle regine di Sicilia confiscato a Manfredi Alagóna nel 1391”, *Anuario de Estudios Medievales* 37/1 (2007): 71-106.
- Schena, Olivetta, *Leggi palatine di Pietro IV d’Aragóna* (Cagliari, 1983).
- Serrano-Coll Marta, ‘Art to seal memory. Coronation ceremonies and the sword as symbol of power: Aragón, 1200-1400’, en *Memory in the Middle Ages. Approaches from Southwestern Europe*, Sabaté Flocel, ed. (Amsterdam, 2020), pp. 229-52.
- Serrano-Coll Marta, ‘Rex et Sacerdos. A veiled ideal of kingship? Representing priestly kings in Medieval Iberia’, en *Political Theology in Medieval and Early Modern Europe. Discourses, Rites and Representations*, Herrero Montserrat, Aurell Jaume and Micheli Àngela C., eds. (Turnhout, 2017), pp. 337-62.
- Serrano-Coll Marta, *Effigies Regis Aragonum. La imagen figurativa del rey de Aragón en la Edad Media* (Zaragoza, 2015).
- Serrano-Coll Marta, “L’estel que precedeix el genet en la sigil·lografia dels reis d’Aragó i comtes de Barcelona: problemàtiques interpretatives i metodològiques”, en: Xavier Barral i Vinni Lucherini (eds.), *La sigil·lografia medieval a Catalunya i a l’Europa mediterrània. Estudis comparatius* (Barcelona: Institut d’Estudis Catalans, en prensa).
- Sevillano Francisco, ‘Apuntes para el estudio de la cancillería de Pedro IV el Ceremonioso’, *Anuario de Historia del Derecho Español*, 20 (1950), pp. 137-41.
- Sobrequés Jaume, Riera Sebastià, Rovira Manuel, de Montagut Tomàs, y Yarza Joaquín, *Llibre Verd de Barcelona* (Barcelona, 2004).
- Torra Albert, ‘Reyes, santos y reliquias. Aspectos de la sacralidad de la monarquía catalano-aragonesa’, en: *XV Congreso de Historia de la Corona de Aragón* (Zaragoza, 1996), tom. I, vol. III, pp. 495-517.
- Zurita Jerónimo, *Anales de Aragón*, Ángel Canellas, ed. (Zaragoza, 1978 [1562-1580]).